

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXII



C. S. I. C.
1985
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XXII



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1985

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
ACTIVIDADES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños	9
Apuntes para una futura bibliografía del Instituto (continuación), por <i>M. P. J.</i>	15
ESTUDIOS	
Arte	
La colección de Platería del Museo parroquial de Santa Cruz de Madrid, por <i>José Manuel Cruz Valdovinos</i>	25
La proyección del Arte islámico en la arquitectura de nuestro primer renacimiento: El «estilo Cisneros», por <i>M. A. Castillo Oreja</i>	55
Juan de Herrera diseña el Puente sobre el Río Guadarrama, por <i>Luis Cervera Vera</i>	65
El Hermano Bautista y otros maestros en las obras de la Iglesia parroquial de Navalcarnero durante los siglos XVII y XVIII, por <i>María del Pilar Corella Suárez</i>	81
Proyectos de José del Olmo, Manuel del Olmo, Teodoro Ardemans, Felipe Sánchez, Juan de Morales y Francisco Ruiz para la Carnicería de Antón Martín, por <i>Elvira Villena Cortés</i> ...	97
Un desconocido en la Saga de los Salvador Carmona, por <i>Carmen Castañeda Vicente</i>	111
La arquitectura doméstica madrileña de la segunda mitad del siglo XVIII, por <i>Virginia Tovar Martín</i>	117
«El Desembarco de Fernando VII en el Puerto de Santa María», por José Aparicio, por <i>Enrique Pardo Canalís</i>	129
Notas para una historia de la Rejería Arquitectónica madrileña (II Parte). El siglo XIX, por <i>Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso</i>	159
El Nuevo Monasterio de Santo Domingo El Real, por <i>Gloria Salterain Díez</i>	177
Derecho	
Notas sobre el Fuero de Madrid, por <i>José Valverde Madrid</i>	187
Fiestas y Costumbres	
Literatura y legislación sobre coches en el Madrid del siglo XVIII, por <i>Joaquín Álvarez Barrientos</i> ...	201
Toros en la proclamación de Carlos III, por <i>Francisco López Izquierdo</i>	225

	<u>Páginas</u>
Geografía	
Apunte geográfico-económico de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el año 1752, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i> ...	259
Historia	
Noticias sobre una Cámara subterránea en la Puerta de la Vega, por <i>Manuel Montero Vallejo</i> .	301
Documentación sobre Pueblos de la provincia de Madrid en el Archivo Histórico de Protocolos, por <i>Antonio Matilla Tascón</i> ...	307
Literatura	
Documentos inéditos para la Biografía de la Familia hispano-genovesa de Gabriel Bocángel y Unzueta, por <i>Trevor J. Dadson</i> ...	415
Apuntes y antecedentes para una historia del sainete madrileño: El estreno de la «Gran Vía», por <i>Mariano Sánchez de Palacios</i> ...	453
Musicología	
Marcha de la Corporación del Ayuntamiento de Madrid. Compuesta sobre un Motete del siglo XVI atribuido a Carlos V. (Ensayo sobre la personalidad musical del Emperador), por <i>Juana Espinós Orlando</i> ...	467
Sociología	
Aportación a la Historia Social de Madrid. La transformación de los enterramientos en el siglo XIX: la creación de los cementerios municipales y su problemática, por <i>Federico Ponte Chamorro</i> ...	483
Aproximación a un estudio sociológico de la masonería madrileña en la Restauración, por <i>Francisco Márquez Santos</i> ...	497
Urbanismo	
La Ordenanza de Colmenar Viejo (1575) como fuente de investigación para su historia local, por <i>Adrián Arcaz Pozo</i> ...	513
Nuevos Documentos sobre Saneamiento y alumbrado público de Madrid en el siglo XVIII: Las «Reglas para construir cloacas», de Francisco Sabatini, y las «Instrucciones» para el Servicio de Iluminación, por <i>José Miguel Muñoz Jiménez</i> ...	525
SEMBLANZAS DE MADRILEÑISTAS ILUSTRES	
Don Martín Almagro Basch, por <i>José Simón Díaz</i> ...	551
Madrid en la Obra de Don Manuel de Terán, por <i>Aurora García Ballesteros</i> ...	555
BIBLIOGRAFIA	
Ensayo de revisión parcial de la «Bibliografía Madrileña» de Pérez Pastor (I), por <i>Yolanda Clemente San Román</i> ...	579
La Tipobibliografía Complutense: Pasado, presente e inmediato futuro, por <i>Julián Martín Abad</i> .	607

Apuntes y antecedentes para una historia del sainete madrileño

EL ESTRENO DE «LA GRAN VIA»

Por MARIANO SÁNCHEZ DE PALACIOS

Hablar del sainete, del sainete madrileño, es tanto como referirse a un Madrid lejano ya en el tiempo, pero tal vez demasiado próximo, que significó la escenificación del vivir de un pueblo sujeto por herencia a un costumbrismo que tuvo su época y su momento, el lapso en que fue posible la exaltación del madrileñismo. Hablar del sainete como expresión del vivir de la calle, es referirse a unos años en que tuvo vigencia y actualidad esa manera de ser y de comportarse de los nacidos a la sombra de Cibeles y Neptuno, de la Puerta de Alcalá y la de Toledo, del puente de Segovia, de la calle de la Encomienda o Lavapiés, de la de Mayor o de Toledo, de «la Corrala» o de Cascorro, de Cuatro Caminos o de las Ventas del Espíritu Santo, teniendo como telón de fondo a un Madrid castizo y jaranero que se resistía a envejecer y quería sobrevivir a la sombra animada del teatro como última manifestación de la idiosincrasia nativa de un pueblo. Una vida escénica, al parecer ficticia, muchas veces lejos de la realidad, aunque siempre incurso en los sentimientos y en la humanidad de un costumbrismo popular netamente madrileño. El ayer y el hoy, unido en el recuerdo. Sí. Los pueblos viejos tienen su biografía —biografía es historia— hilvanada entre luchas y desasosiegos, entre pasiones y engaños, entre amores y celos, que han dibujado con verdadero estilo impresionista nuestra manera de ser y de actuar, de sentir y comportarse, y sobre todo, señalar de una manera viva, el proceso psicológico de nuestras reacciones temperamentales. Contraste convincente de caracteres. Madrid, alma y espíritu, reflejado un día y otro por escritores madrileñistas y saineteros de rompe y rasga, con talento y valía, con certificado y diploma de casticismo, con amor a este solar matritense que trajeron calcado del original ese costumbrismo que perduró durante mucho tiempo y que hoy tal vez se recuerda con nostalgia infinita. Ricardo de la Vega, Miguel Ramos Ca-

rrión, López Silva y Fernández Shaw, Luis Mariano de Larra, Javier de Burgos y Tomás Luceño, Miguel Echegaray, Felipe Pérez y González, Antonio Casero y Carlos Arniches, y los músicos Federico Chueca, Joaquín Valverde, Tomás Bretón, Ruperto Chapí, Torregrosa y Francisco Asenjo Barbieri, hicieron el resto. Ese costumbrismo teatral en el terreno del sainete madrileño tiene unos nombres: «La canción de la Lola», «De Getafe al paraíso», «La Gran Vía», «La Verbena de la Paloma», «Alma de Dios», «Agua, azucarillos y aguardiente», «La Revoltosa», «El Santo de la Isidra», «Pan y toros» y «El barberillo de Lavapiés», son como eco sonoro y castizo de un Madrid flamante y pinturero, que todavía se resiste, a pesar de todo, a fenecer. Un Madrid, en el que tienen preferencia los barrios más que viejos, populares. El Madrid en el que está inmerso el casticismo chispeante de don Ramón de la Cruz y don Carlos Arniches, al que ya hemos hecho alusión antes, maestros del sainete —con dos siglos de diferencia— o simplemente ese Madrid sin mistificaciones o veladuras a lo Mesonero Romanos, que rinde culto a lo popular y al más acusado y pintoresco costumbrismo.

Hablar del sainete lírico «La Gran Vía», que al fin de cuentas fue una extraordinaria revista lírica de actualidad, es remontarse a la época feliz y afortunada del esplendor y vigencia del erróneamente llamado «género chico», mas por la dimensión reducida de sus obras adaptadas al teatro por horas, que por su calidad e importancia teatral. «La Gran Vía» fue uno de los éxitos más extraordinarios que se conoce de aquellos años tan inquietos y desasosegados de finales del siglo XIX, en el que se dieron a conocer la mayor parte de las obras de este género, en cuyas fechas triunfa una modalidad teatral que había de señalar una de las épocas más florecientes del teatro lírico español afincado en el teatro Apolo, Zarzuela, Eslava, Variedades, Alhambra, Felipe, El Dorado y tantos más que fueron captando el género como tabla de salvación de sus empresas respectivas en momentos de difícil situación política e histórica, pues España se desgastaba poco a poco en luchas oposicionistas, querellas, pronunciamientos, alteraciones de orden público y hasta de régimen. «La Gran Vía», considerada como una de las columnas del «género chico», puede estimarse con «La Verbena de la Paloma», «Agua, azucarillos y aguardiente» y «La Revoltosa», como una de las cuatro pilastras del madrileñismo escénico al que dieron consistencia y perennidad las músicas de los más castizos, afamados y aplaudidos compositores de aquellos tiempos. ¿Género chico? A este respecto, recuerda Serafín Adame, que cuando en uno de sus viajes a España el maestro francés Camilo Saint-Saens, escuchó el preludio de «La Revoltosa», inserto después de su triunfal estreno y con frecuencia en programas de conciertos sinfónicos por importantes orquestas, dijo:

—Si a esto le llaman ustedes «género chico». ¿A cuál dan el calificativo de «grande»?

El juicio del gran compositor aún quedó ampliado al término de la representación a que asistía, con la afirmación de que Bizet se sentiría orgulloso de poder firmar aquella partitura, encomiando, además y en extremo, el arrollador dúo del tercer cuadro entre Mari-Pepa y Felipe.

Tal vez se deba a Francisco Asenjo Barbieri (1823-1894) el auge del género, ya que fue el factor principal del espléndido renacimiento musical desarrollado en España a mediados y buena parte de finales del siglo XIX. Sus trabajos de investigación «folklórica», reunidos en el gran volumen del «Cancionero de Palacio» de los siglos XV y XVI, sentaron las bases de tal renacimiento.

En «La Gran Vía» confluyen una serie de nombres, circunstancias y acontecimientos, que avalan su popularidad y aureolan aquel famoso estreno acaecido el 2 de julio del año 1886, en el tan pintoresco y popular escenario del veraniego teatro Felipe, construido todo de madera, que era una especie de anejo veraniego del Variedades en la parte artística, situado en la calle de la Magdalena, n.º 40, esquina a la del Ave María, con accesoria a la de la Rosa, entre dos de las plazas típicas de la Villa Antigua: la del Progreso y la de Antón Martín, y que inaugurado en 1880 fue destruido por completo por un incendio en el mes de enero de 1888. El teatro Felipe, enclavado en el Paseo del Prado junto a la verja de parte de los jardines del Buen Retiro, hoy desaparecido, en su arribo a la plaza de Castelar, vulgarmente conocida de antiguo por Cibeles, en el lugar que hoy ocupa el Palacio de Comunicaciones, sirvió de marco para el acontecimiento de una de las obras más famosas que integran aún hoy el repertorio de algunas compañías líricas.

El estreno de «La Gran Vía» vino a sumarse, como se indica, a una serie de acontecimientos nacionales que hicieron de aquel año uno de los más significativos de la época finisecular, como fueron: el ciclón desencadenado sobre Madrid que mató a veinticuatro personas e hirió a cerca de quinientas, la sublevación de Villacampa, el asalto al fuerte de San Julián, en Cartagena, la sublevación que costó la vida al General Fajardo, el asesinato del Obispo don Narciso Martínez-Izquierdo, por el cura loco Galeote y el nacimiento del Rey don Alfonso XIII.

El estreno de «La Gran Vía», calificada por sus autores de «Revista madrileña cómico-lírica, fantástica, callejera», constituyó, como se ha dicho, un verdadero acontecimiento teatral en su época y su repercusión dejó su «ambiente», durante muy largo tiempo. Fueron sus autores, Felipe Pérez y González, al que se debe el gracioso libro y Federico Chueca y Joaquín Valverde (padre) de la música.

Débase el libreto de «La Gran Vía» —ya se ha dicho—, al chispeante y popular autor Felipe Pérez y González, gracioso y popular autor, personaje también famoso de aquella época, en un Madrid que trataba a toda costa de divertirse a pesar de que las circunstancias no eran muy propicias para ello, un Madrid que

tal vez abrumado por tantos episodios dolorosos trataba de olvidar y de introducirse en un ambiente y «clima» de cierto pintoresquismo y de aventura popular y callejera.

Felipe Pérez y González, ingenioso poeta, periodista de fama y autor dramático, era un escritor de no escasa cultura, abogado, hombre en cierto modo enciclopédico, muy metido en el vivir de un Madrid, en el que eran posible todas las genialidades y extravagancias. Felipe Pérez y González fue un personaje popular, muy estimado de todos y del que todavía se recuerdan no pocas anécdotas. Había nacido en Sevilla el año 1854 y murió en Madrid en 1910, adonde había venido para colaborar en «El Motín» y «El Progreso». Dramaturgo fecundísimo, de «vis» cómica grande, según uno de sus biógrafos, fue también persona culta y estudió con verdadera y entusiasta dedicación algunos temas de erudición literaria acerca de Vélez de Guevara y del «Diablo Cojuelo». En 1892, después de varios años dedicados al periodismo que inició en su tierra, Sevilla, ingresó en «El Liberal» de Madrid. Popularizó en este diario y en «Blanco y Negro» el seudónimo de «Tello Téllez», para firmar unas curiosas y entretenidas efemérides, no exentas de pintoresca erudición, que obtuvieron en su día la más favorable acogida del público. Son numerosísimas sus obras teatrales, así como sus libros de diferentes temas, predominando las de carácter festivo y humorístico.

Felipe Pérez y González, ha escrito Federico Carlos Sáinz de Robles, fue un gran simpático, un caballero, un conversador amenísimo. Todos sus escritos rebosan gracia natural, excelente observación, pintura de sano realismo, amabilidad... El estreno de «La Gran Vía» le hizo más que popular y rico, y fueron muchas las obras que estrenó al amparo de la fama conseguida. En realidad, para escribir el famoso libreto de «La Gran Vía», no hizo sino comentar jocosamente el proyecto municipal de construir una Gran Vía, que atravesara el centro de Madrid, acabando con cierta cochambre urbana y dando ocasión para embellecer la Villa y Corte, con una avenida limpia y luminosa que aún tardaría muchos años en verse realizada.

Sus obras teatrales son numerosísimas: «El fruto prohibido», «Simón por horas», «La manzana», «El oro y el centinela», «El viaje al Suizo», «Oro, plata, sobre nada», «Lo pasado, pasado», «La jaula», «París de Francia», «Mariquita, estoy que ardo», «Las mentiras», «Los cortos de genio», «Los vecinos del segundo», «Las oscuras golondrinas», «Pelillos a la mar», «Champagne, manzanilla y peleón», «El niño Jesús», «Pasar la raya», «Bonito soy yo», «El barbián de la Persia», «Recurso de casación», «Doña Inés del alma mía», «Las ligas verdes», «El marquesito»...

Otras obras que habrá que tener en cuenta y que perfilan la personalidad literaria de este fecundo escritor: «El libro malo» (1872), «Tajos y reveses», «¿Quieres que te cuente un cuento?... Pues allá van ciento» (1897), «Fuegos artificiales» (1897), «Pompas de jabón» (1896), «El nuevo sistema métrico», «Teatrale-

rias» (1897), «Chucherías y fruslerías históricas», «Peccata minuta», «¡Salud y pesetas!», «Levantar muertos» (libro de poemas), «Filibusterías y yankees al hombro» (1898), «Un año de sonetos», «Un cuadro de historia»...

La acción de «La Gran Vía» transcurre en el Madrid de 1886, año en el que se estrenó la obra, en un acto, y que su autor dividió en cinco cuadros. «Calles y Plazas», en las que figuran representadas por actrices y actores, un buen número de ellas, y entre las mismas la de Caballero de Gracia, que interpretada por Joaquín Manini, de frac encarnado, calzón corto y «clac», hizo famoso el gracioso y elegante vals, que comenzaba así:

Caballero de Gracia me llaman
y efectivamente soy así
pues sabido es que a mí me conoce
por mis amoríos todo Madrid.
Es verdad que estoy un poco antiguo,
pero que en poniéndome mi frac,
soy un tipo gentil
de carácter jovial
a quien mima la sociedad.

Donde al fin de cuentas poníase en solfa la cursilería de cierto ambiente matritense.

El segundo cuadro, «En las afueras», constaba de varios tipos populares, que reafirmaron el éxito de la obra, iniciado con el Caballero de Gracia. «La mene-gilda», interpretada con mucha gracia y salero por Lucía Pastor:

¡Pobre chica
la que tiene que servir!
Más valiera
que se llegase a morir
porque si una no sabe
por las mañanas brujulear,
crea usted, caballero,
su paradero
es el hospital,

a cuya actuación ponía complemento Doña Virtudes (Matilde Suárez) con,

Pobres amas
las que tienen que sufrir
a esas truchas
de criadas de servir,

porque si una no tiene
por las mañanas mucho de acá,
crea usted, caballero,
que la dividen por la mitad,

y sobre todo en el terceto de los «Ratas» (José y Emilio Mesejo y Julio Ruiz).

Soy el Rata primero.
Y yo, el segundo.
Y yo, el tercero.
Siempre que nos persigue la autoridad
es cuando más tranquilos, timamos más,

número que fue repetido un sin fin de veces entre el entusiasmo delirante del público.

Los cuadros tercero, cuarto y quinto, eran respectivamente «En la Puerta del Sol», «Travesía» y «La Gran Vía». El cuadro de los marineritos del cuadro tercero,

Somos los marineritos
que venimos a Madrid,
y aunque somos jovencitos
es cada uno un adalid.
Nuestros padres nos legaron
su cariño singular
a esta tierra que adoraron
y a la vida de la mar,

entusiasmo, así como el delicioso chotis del baile del Eliseo del cuadro cuarto que hizo furor. El público puesto en pie —relata Matilde Muñoz, que ha biografiado en parte el «género chico» y los tipos populares de aquel tiempo— al que faltaban fuerzas para seguir aplaudiendo y vociferando de entusiasmo, salió del teatro cantando los principales números de la obra y entre ellos este melodioso chotis del Eliseo Madrileño.

Yo soy un baile de criadas y de horteras
y a mí me gustan las cocineras:
a mis salones suele siempre concurrir
lo más selecto de la igili.
Gili.
Allí no hay broncas y el lenguaje es superfino,
aunque se bebe bastante vino
y en cuanto al traje que se exige en sociedad,
de cualquier modo se puede entrar.

El estreno de la obra, que había despertado una expectación inmensa, se dio a teatro lleno, hasta en su localidad más incómoda y hasta muchos espectadores habían sacado entrada de paseo y lo presenciaron de pie, salvando toda la incomodidad del momento. «La Gran Vía», nos recuerda la prensa periódica, se mantuvo en los carteles todo el año 1886 y 1887, entre el teatro Felipe y el de Apolo, al que hubo de ser trasladada ante el enorme y prolongado éxito, que no permitía calmar la impaciencia del numeroso público que pugnaba por encontrar una localidad sin conseguirla por las reducidas dimensiones, un aforo para una temporada de verano, del teatro donde se estrenó, aparte de que fueron muchos los que repitieron dos y tres veces el asistir a la afortunada representación. El cuadro quinto de «La Gran Vía» no era sino la apoteosis final. Todos los personajes en escena, música, marcha y desfile general.

Párrafo aparte merece la música, uno de los motivos del éxito. Pronto toda España se disputó las primicias de la obra. No hubo, poco después, teatro grande ni chico que no mantuviese en sus carteles la obra cientos de representaciones. Su fama también llegó hasta el extranjero, donde fue recibida con gran regocijo, y los ritmos chulones de la célebre habanera y el «sprit» burlón del «Caballero de Gracia» fueron pronto tormento de amas de casa y de familias burguesas. Allí donde había un fogón y a su lado una cocinera, allí la «pobre chica» había de dejar oír sus trinos —recuerda Matilde Muñoz, antes citada— que se habían convertido para ellas en un cartel de desafío.

Para «La Gran Vía», ya se ha hecho mención, pusieron música el famosísimo Federico Chueca, y su colaborador en esta ocasión, Joaquín Valverde. Ambos se compenetraron de tal forma, tan admirablemente «vieron» el ambiente, que Madrid está vigente en toda la obra, como lo estuvo en «Agua, azucarillos y aguardiente» con la que Chueca obtuvo otro resonante éxito.

Chueca, como acertadamente ha escrito Juan Arnau, cantó el alma castizamente popular del Madrid zumbón y despreocupado, infundiéndole un donaire que sabe a madrileñismo puro. De barrio bajo, pero sin la reconcentrada, trascendente y sentimental característica de Bretón y Chapí. El Madrid de Chueca nos lo imaginamos alegre, desprendido, superficial, chispeante de gracia y de tronío; expresado sin retórica, sin técnica ni rodeos, pero con una inspiración irresistible. Chueca escribió del pueblo y para el pueblo.

De todos los compositores del llamado «género chico», fue Chueca el que más significó por su madrileñismo neto, por su inteligente conocimiento del pueblo, por su compenetración con el espíritu y ambiente de aquel Madrid que iba viendo acabar el siglo entre el ingenio y el gracejo a flor de piel de los habitantes nativos de aquella villa coronada, y sobre todo con el sentido, carácter y temperamento de unos tipos que salían a la calle para dar color y calor a la vida castiza y simpática de ciertos barrios de la urbe matritense, y si se comentó

erróneamente que Chueca no sabía música y que tocaba el piano de oído, la propia ejemplaridad y casticismo de su música, díganlo las obras más significativas de su extenso repertorio que echan por tierra este falso conocimiento, de su extraordinaria maestría compositiva. Su vida es un completo anecdotario, su biografía, un documento humano y psicológico. Su fecundidad creadora fue en todo momento altamente elogiada y sus éxitos indiscutibles marcan en los repertorios líricos su constante vigencia y si Bretón acertó con «La Verbena de la Paloma», al reflejar musicalmente aquel casticismo barriobajero; Chapí, tal vez más acentuado con la belleza y tipismo matritense de «La Revoltosa» y el maestro Barbieri con «El barberillo de Lavapiés», ninguno como Chueca para llevar al pentagrama el alma del pueblo de Madrid, tantas veces reinante de los escenarios de la capital, sino de toda España.

Federico Chueca, que había nacido en Madrid, en la célebre casa llamada de Los Lujanes, el 5 de mayo de 1846, murió en su villa natal el 20 de junio de 1908, a poco de cumplir los sesenta y dos años, en un piso de la calle de Alcalá, 104, cuya triste efemérides se recuerda en una bella lápida que como homenaje al popular compositor colocó el Ayuntamiento de Madrid, siendo su Alcalde, el señor Peñalver, que solemnemente la descubrió. Se le enterró en el Cementerio de San Justo y Pastor.

Aunque Chueca estudió el bachillerato y los primeros años de la carrera de Medicina, bien pronto dejó esta preparación para dedicarse a la música por la que sentía verdadera vocación. «Lamentos de un preso», su primera composición, tandas de vales interpretadas por el maestro Barbieri, en la Sociedad de Conciertos, de los Campos Elíseos, sirvieron ante un rotundo éxito, para desviar la atención de Chueca hacia su verdadera y entusiasta devoción. Después... «Hoy sale hoy» y «Nuestro país», en colaboración con Barbieri y Bretón, para seguir con «El sobrino del difunto» y «Tres ruinas artísticas», iniciando la colaboración sobre todo con Joaquín Valverde y el maestro Lleó, quienes instrumentan sus siempre alegres y popularísimas partituras. «Locuras madrileñas», «Los barrios bajos», «Turcos y rusos», «Un maestro de obra prima», «Un crimen misterioso», «¡A los toros!», «Escenas madrileñas», «Las ferias», «La función de mi pueblo», «La plaza de Antón Martín», «La venta del pillo», «En el muelle de la Habana», «De la noche a la mañana», «La canción de la Lola», «Vivitos y coleando», «Luces y sombras», «Fiesta nacional», «Nuestro prólogo», «La abuela», «Agua y cuernos», «Un domingo en el Rastro», «Caramelo», «Medidas sanitarias», «Remifá», «En la tierra como en el cielo», y ya en 1886, «La Gran Vía», de éxito inmenso como se sabe y después las no menos famosas zarzuelas y sainetes: «La alegría de la huerta», «Cádiz» y «El chaleco blanco» (en colaboración con Ramos Carrión), «La caza del oso o el tendero de comestibles» (1891), libro de Jackson Veyan, «Las Zapatillas» (1895), «Agua, azucarillos y aguardiente» (1897), «El arca de Noé» y

«El año pasado por agua» (1898), y todavía estrena «El mantón de Manila», que no tiene el éxito deseado. Su última composición fue un himno nacional «Al 2 de Mayo», que fue premiado por el Círculo de Bellas Artes, y estrenado con gran éxito en los salones de esta entidad cultural dos meses antes de su muerte. «Las mocitas del barrio», su obra póstuma, un gracioso sainete, fue estrenado con gran éxito en el teatro Lara.

Fue su colaborador y compartió muchos de sus éxitos, el también compositor Joaquín Valverde, con el que había estrenado en 1880 «La canción de la Lola», obra con la que en realidad se inicia el género chico, que después había de tener tanta aceptación entre público, actrices, actores y empresarios.

Tal vez careció Joaquín Valverde de las dotes de repentización de Chueca, pero no hay duda que tenía también sus méritos como compositor y lo demuestra el éxito que juntos obtuvieron ambos a dos, y la compenetración lírica que en todo momento existió entre uno y otro.

Había nacido Joaquín Valverde, por una circunstancia fortuita del destino de su persona, en Badajoz, 27 de febrero de 1846, el mismo año en que vio la luz Chueca, pero vivió toda su vida en Madrid y como madrileño se consideraba él mismo. Aprendió muy niño música, y ella fue con la profesionalidad con que se ganó la vida, primeramente tocando el flautín en la banda del Regimiento de Valencia, y formando parte después en la orquesta del teatro del Príncipe, llamado Español con posterioridad, así como en otras orquestas que ya habían descubierto sus grandes posibilidades musicales. Había estudiado con aprovechamiento y entusiasmo con los profesores Sarmiento, Arrieta —autor de «Marina»— y Aranguren, y escribió unos «Estudios melódicos para flautín», que fueron declarados de texto en el Conservatorio Nacional.

Murió el maestro Valverde, en Madrid, el 17 de mayo de 1910, dos días después que su colaborador Felipe Pérez y González, autor del libreto, precisamente de «La Gran Vía», dejando más de doscientas piezas instrumentales. Chueca y Valverde formaron como una razón social y juntos compartieron los halagos del éxito. «La Gran Vía» fue tal vez el que más repercusión tuvo y con cuya obra confirmaron ambos su conocimiento, no sólo de la música, sino del espíritu del pueblo y de las costumbres matritenses.

Entre las obras más famosas de Joaquín Valverde, podemos citar: «La canción de la Lola», estrenada el 25 de mayo de 1880 en el teatro de la Alhambra, que existía en la calle de la Libertad; «La fiesta de San Isidro», «El año pasado por agua», «La alegría de la huerta», «Cádiz», «Portafolio madrileño», «Música celestial», «La cruz de Mayo», «El año sin juicio», «La baraja francesa», «Las estrellas», «El perro chico», «El último trauma», «Chocolate y mojicón», «Bonito país», «Veinte mujeres por barba», «Los domingueros», «El merendero de Toribio», «Un crimen misterioso», «La redoma encantada», «La fiesta del hogar», «Un domingo

en el Rastro», «De Madrid a París», «La plaza de Antón Martín», «El primer deslíz», «Niña Pancha», «Locuras madrileñas», «Luces y sombras», «Los barrios bajos», «Esto, lo otro y lo de más allá», «¡Adiós, Madrid!», «La noche de San Juan», «Caramelo», «Agua y cuernos», «Vivitos y coleando», «La lucha por la existencia», «Turcos y rusos», «El chaleco blanco», «¡A los toros!», «La función de mi pueblo», «Lección conyugal», «Las ferias», «Retolondrón», «La caza del oso». Sin olvidar la tan citada «La Gran Vía».

«La isla de los suspiros», su última obra, fue estrenada en el teatro Martín, de Madrid, una semana antes de su muerte, ocurrida, ya se ha dicho, el 17 de marzo de 1910.

Joaquín Valverde —registramos por sobresaliente este hecho— era hermano de la famosa actriz Balbina Valverde, que hizo su debut, muy joven, en el teatro del Príncipe (hoy Español), con el apoyo de Ventura de la Vega, pasando luego a los escenarios de Price, de la Comedia y, por último, al del teatro Lara, en el que actuó en calidad de característica, durante más de treinta temporadas.

Párrafo aparte merece Joaquín Valverde (hijo), vulgar y popularmente conocido por Quinito Valverde, por la colaboración teatral que estableció con su padre, el colaborador de Chueca. Había nacido en Madrid el año 1875 y murió en México, en 1918. A él se deben no pocas obras que obtuvieron resonante éxito: «La marcha de Cádiz», que se ofreció por primera vez al público, en el teatro Apolo, la noche del 11 de octubre de 1896; «El género ínfimo», con libro de los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero: «San Juan de Luz», «El pobre Valbuena», «Los chicos de la escuela», «El amigo Melquíades», «El perro chico», «El fresco de Goya»... Su última obra, en colaboración con el maestro Serrano, se estrenó en el teatro Reina Victoria, ya fallecido, ausente de Madrid. Se trataba de la famosa revista de gran espectáculo «El Príncipe de Carnaval».

El estreno y el éxito de «La Gran Vía» se debió, en gran parte, a su empresario y su local: Felipe Ducazeal y el teatro Felipe, del que ya hemos hecho mención antes. Felipe Ducazeal y Lasheras fue uno de los personajes más sobresalientes de aquellos años en los que parece que el madrileñismo alcanzó su más elevado porcentaje de popularidad nacional. Necesitaríamos muchas cuartillas, y siempre serían pocas, para dibujar la extraordinaria popularidad de Ducazeal, que lo era todo, lo fue todo en aquel Madrid, que supo reír al mismo tiempo que llorar y que se iba debilitando poco a poco hasta llegar a aquel tristemente célebre año 1898, en que España quedó maltrecha, dolorida y arruinada tras la pérdida lamentable —e irreparable— de nuestras colonias de Ultramar. Había nacido Ducazeal, el 9 de julio de 1845, en el número 3 de la típica calle de la Palma, donde su padre tenía una modesta imprenta en la plaza de Isabel II, esquina a la calle de los Caños, y murió de repente, sin enfermedad alguna el 25 de octubre de 1891, cuando apenas contaba cuarenta y seis años de edad, y su entierro constituyó

una imponente manifestación de duelo. Se le enterró, y allí siguen sus restos, en el romántico cementerio de la Sacramental de Santa María, al borde del Manzanares y junto al puente de Toledo, en un nicho doble, del patio llamado de la Visitación, donde también se encuentran el poeta del romanticismo Romero Larrañaga, el famoso médico doctor Sánchez Calzada y la actriz Loreto Prado. Fue amigo de todos, de Prim, en nombre de quien se batió en duelo con el periodista Paul y Angulo: amigo del rey Don Amadeo y de Alfonso XII. Fue diputado a Cortes, y fundó el «Heraldo de Madrid», que andando el tiempo había de ser órgano de don José Canalejas, y entre cuyos directores figuraron Augusto Suárez de Figueroa y José Franco Rodríguez. Fue también Ducazcal Concejal y Teniente Alcalde, Jefe de Orden Público e Inspector General de Correos. El mismo aseguraba que lo había sido todo menos empleado público. Creó la famosa «Partida de la Porra», cuya influencia en la vida social y política madrileña fue considerable porque se impuso por el terror. Su popularidad fue inmensa y los hechos sobresalientes en que tomó parte, en aquel Madrid de finales de siglo, fueron interminables. Empresario del llamado teatro Felipe, precisamente por su nombre, quedó prendado del libreto de «La Gran Vía», cuando cierto día, Felipe Pérez y González, Federico Chueca y Joaquín Valverde (padre) le ofrecieron el original tanto del libro como de la música, para su estreno en el teatro del que él era empresario. No se equivocaron unos y otros. El éxito de la revista fue rotundo.

El teatro Felipe, en que tuvo lugar el estreno y la repercusión en el ámbito teatral del «género chico» —nos dice María del Carmen Simón Palmer— se inauguró el 23 de mayo de 1885 y fue considerado desde entonces como el más importante de los teatros de verano. «El teatro Felipe —añade— se decoró con gran sencillez, predominando el color blanco, lo que hizo que resultara muy alegre. Tenía 27 filas de butacas, paseo general, palcos de entresuelo y galerías. El telón de boca era una alegoría con retratos de Echegaray, Ducazcal, Vico, Valero, Calvo, Arrieta, etc...»

Cuando el 2 de julio de 1886 se estrenó «La Gran Vía», el teatro español, un tanto debilitado, registraba uno de los más sobresalientes éxitos. Considerada como una de las columnas del «género chico», es uno de los grandes nombres que le han sobrevivido, destacando tres nombres, el de sus autores, incluidos desde entonces, en el historial escénico de finales de siglo.

Como antecedente histórico, cabrá añadir, que el lunes, 4 de abril de 1910, su Majestad el rey don Alfonso XIII, acompañado de su Gobierno, inauguró y firmó el acta de comienzo de las obras de la Gran Vía madrileña, empresa asumida por el Ayuntamiento de la capital de España, siguiendo así una feliz iniciativa regia.

Habían transcurrido veinticuatro años desde la fecha del estreno, en el teatro Felipe, de la revista «La Gran Vía», de la que eran autores Felipe Pérez y González, y los maestros Federico Chueca y Joaquín Valverde que la enriquecieron con su música.